

## ÍNDICE GENERAL

<b>PRÓLOGO .....</b>	<b>5</b>
<b>I. LA REALIDAD PRIMERO .....</b>	<b>9</b>
<b>II. PODER Y PODERES: LO POLÍTICO Y LO ECONÓMICO .....</b>	<b>15</b>
<b>III. NOCIVIDAD ONTOLÓGICA DEL ESTADO DE BIENESTAR .....</b>	<b>21</b>
<b>IV. FASCISMO, MILITARISMO Y ESTATOFILIA .....</b>	<b>30</b>
<b>V. EL ESTADO DE BIENESTAR AL SERVICIO DEL EJÉRCITO Y LA POLICÍA .....</b>	<b>33</b>
<b>VI. LA SITUACIÓN PLANETARIA Y LOS PREPARATIVOS DE OCCIDENTE PARA LIBRAR LA IV GUERRA MUNDIAL .....</b>	<b>35</b>
<b>VII. EL PODER MÉDICO ESTATAL-CAPITALISTA.....</b>	<b>45</b>
<b>VIII. LA MISERIA DE LA ESCUELA ESTATAL.....</b>	<b>52</b>
<b>IX. EL EMBELLECIMIENTO PLANEADO DEL ESTADO.....</b>	<b>59</b>
<b>X. LA DECADENCIA DEL ESTADO DE BIENESTAR EN “ESPAÑA” Y EUROPA.....</b>	<b>62</b>
<b>XI. LA FALACIA DE LA “RETIRADA” DEL ESTADO.....</b>	<b>74</b>
<b>XII. EL CAPITALISMO DE ESTADO COMO CAPITALISMO CON FUTURO.....</b>	<b>77</b>
<b>XIII. MITO Y MENTIRA DEL NEO-IBERALISMO.....</b>	<b>86</b>
<b>XIV. LA IDEOLOGÍA DE LA ESTATOLATRÍA.....</b>	<b>94</b>
<b>XV. ESTADO DE BIENESTAR Y FASCISMO .....</b>	<b>98</b>
<b>XVI. EL PSOE Y LA ESTATOLATRÍA .....</b>	<b>103</b>
<b>XVII. NUEVOS ERRORES.....</b>	<b>110</b>
<b>XVIII. ANARQUISMO ANTI-ESTADO Y ANARQUISMO DE ESTADO.....</b>	<b>115</b>
<b>XIX. CULTO POR EL ESTADO Y CUESTIÓN RURAL HOY.....</b>	<b>117</b>

<b>XX. EL MARXISMO NO ES UNA FORMA DE ESTATOLATRÍA .....</b>	<b>119</b>
<b>XXI. NOCIONES VULGARES SOBRE LA NATURALEZA DEL ESTADO .....</b>	<b>129</b>
<b>XXII. HACIA UNA HISTORIA DEL ESTADO EN “ESPAÑA” .....</b>	<b>133</b>
<b>XXIII. EL ESTADO DE BIENESTAR HA CONTRIBUIDO DECISIVAMENTE A LA DESTRUCCIÓN DEL MOVIMIENTO OBRERO CONSCIENTE Y ORGANIZADO .....</b>	<b>141</b>
<b>XXIV. CONCLUSIÓN.....</b>	<b>145</b>
<b>XXV. NOTAS .....</b>	<b>147</b>

## PRÓLOGO

La involución en los últimos años hacia el culto al Estado, giro que comenzó a manifestarse en 1990-2000, de la amplia mayoría de la otrora oposición militante al régimen constituido está ocasionando una situación política sobremanera negativa. Esa transformación aberrante lleva a dar soporte, todavía por omisión en la mayoría de los casos pero pronto de manera asertiva y directa, al aparato militar y policial, la esencia misma del ente estatal. No menos desasosegante es el rechazo de facto a denunciar y combatir el orden constitucional, partitocrático y parlamentarista vigente, al que aquella otorga respaldo conforme al adagio de que quien calla otorga.

Ciertamente el espíritu socialdemócrata, la estatalatría, el culto por lo existente idealizado triunfan ahora por doquier en nombre de un “anticapitalismo” que es una de las expresiones más funestas del capitalismo al asentarse en la veneración por su matriz y elemento agente, el ente estatal.

Lo que tal sistema de ideas diseña es una sociedad de neo-siervos del Estado salvador<sup>1</sup>, seres ya no del todo humanos, totalmente sometidos a las elites organizadas como ente estatal, muy similar a la que Orwell denuncia, pero incomparablemente más poderosa y efectiva. En ella nada quedará -apenas ya queda nada- de la libertad, la esencia concreta humana, la verdad, la sociabilidad, la transcendencia, las funciones del espíritu, el afecto y servicio de unos a otros, los sistemas autogestionados para la ayuda mutua, en suma, de la civilización, virtud y vida buena.

Hacia esa meta marchamos a buen paso en nombre de los portentos y maravillas que ha de proporcionarnos un Estado de bienestar perfecto, vale decir, un artefacto estatal total, al que hay que defender con uñas y dientes contra unas supuestas fuerzas privatizadoras puramente inventadas para estimular el enamoramiento por lo estatal, ahora presentado como “lo público”, esto es, cosa de todas y todos.

Los embelesados con el artefacto institucional afirman que “la derecha” ansía dismantelar el Estado de bienestar pero ¿cómo puede creerse tan chusco aserto cuando ha sido la misma derecha, fascista y parlamentarista, la que más ha contribuido en Europa a su creación y desarrollo? En “España” el Estado de bienestar es, sobre todo, obra de Dato, Franco, la UCD y el PP, en particular de Franco, que fue quien hizo lo sustancial de su estructura con la ley de 1963. En el resto de Europa han sido personajes y movimientos como Bismarck, Hitler, el fascismo italiano y los partidos demócrata-cristianos creados tras la II Guerra Mundial quienes más han hecho por instaurar el Estado “social”, siendo secundaria la participación de la izquierda y la socialdemocracia, por más que ahora sean éstas las que levanten la reaccionaria bandera de la “defensa de lo público”.

**En realidad, el principal “logro” del Estado de bienestar es haber contribuido decisivamente a la destrucción del movimiento obrero consciente, combativo y organizado.** Ha sido, por un lado, el régimen de Franco y, por otro, el Estado de bienestar los que han realizado esa tarea de demolición.

Así las cosas y en una coyuntura tan preocupante no hay otra opción que citar por su nombre aquellos textos que aplauden, al aclamar al Estado providencia, la que seguramente es la peor forma de opresión y subhumanización conocida, con la excusa de una pretendida oposición al capitalismo privado y una supuesta defensa del bienestar, de la felicidad universal, eterna y total para las clases populares. No se desea incomodar a nadie, mucho menos agraviar u ofender, aunque, tal como están las cosas, y teniendo en cuenta la extraordinaria gravedad y transcendencia de lo que está sucediendo, cada cual ha de asumir la responsabilidad de lo que dice y hace, por lo que en el presente trabajo se llamará al pan, pan, al vino, vino y a la nueva hornada de apologetas del Estado de bienestar y neo-

funcionarios, nuevos reaccionarios. Por eso, admito que “El giro estatolátrico” es sobre todo un panfleto, pero un panfleto hecho desde el afecto, la devoción por la verdad y la buena fe, un panfleto ineludible e imprescindible.

Por encima de todo ha de prevalecer la voluntad de objetividad que en este caso se transforma necesariamente en cuestionamiento, vituperación e incluso denuncia, con respeto, sí, pero también con firmeza, y hasta el fin.

El combate por la libertad (de conciencia, política y civil) contra el Estado en todas sus formas y ergo contra el capitalismo privado y estatal urge y apremia. A ello convoco a todas y todos, antes de que sea demasiado tarde y ya no haya remedio.

Por la libertad se ha de entregar todo, se han de realizar los mayores sacrificios. Vivimos la hora del esfuerzo y la lucha con muy escasas probabilidades de éxito ciertamente, pero por ello mismo uno y otra están más plenos de pureza de intenciones, heroísmo y sublimidad.

Si el giro estatolátrico triunfa se habrá constituido una sociedad de subhumanos sobre-sometidos, similar a las del norte de Europa, algo terrible, pues las esperanzas de emancipación, de creación de un nuevo orden social libre y moral se habrán esfumado. Será la mayor catástrofe política y ética acaecida desde los siglos XIII-XIV, cuando se fundó el actual ente estatal.

A quienes son estatófilos de buena fe, la inmensa mayoría, me atrevería a darles un consejo, que no se dejen ganar por las frases, los sofismas, los dogmatismos, los axiomas y las abstracciones, que **estudien imparcialmente la realidad**, que acudan a un análisis minucioso de lo existente, pues la gran baza de los devotos del ente estatal en la forma de Estado de bienestar es el ocultamiento de los datos, el escamoteo de los hechos, su sustitución por formulaciones ideológicas, sofísticas y adoctrinadoras, mera mercadotecnia del poder constituido. La realidad es la clave, en este asunto y en todo, no las creencias, no las frases, no la retórica doctrinaria y teórica. Por eso el libro que tenéis en vuestras manos realiza un esfuerzo notable por investigar lo real en tanto que real, ateóricamente, desde sí, sin apriorismos.

Es necesario, ante cuestiones tan graves, que marcarán la vida del cuerpo social en todo el siglo XXI, acudir a medidas especiales, particularmente efectivas. Entre ellas destaca la auto-organización para el estudio de los asuntos aquí considerados. Esto equivale a **autogestionar el saber y el conocimiento**, no dejando esta tarea como patrimonio de unas pocas personas, no delegándola en nadie, asumiéndola cada una y cada uno con inteligencia, responsabilidad, determinación, espíritu de sacrificio y voluntad de llegar hasta el fin.

Félix Rodrigo Mora

Un rasgo fundamental de las sociedades opulentas contemporáneas, ya en decadencia, es **el ascenso en flecha del aparato del Estado**, que se viene haciendo componente determinante de todos los aspectos de la vida social y también personal, incluso los tenidos por más privados e íntimos, de manera que se está produciendo un rápido colapso en desarrollo de lo muy poco que aún queda de la libertad popular, la civil tanto como la política, la de conciencia tanto como la de expresión, la de indagar y vivir la verdad tanto como la de construirse a sí mismos, la de auto-organizarse tanto como la de llevar una existencia liberada de tutelas, vigilancias y “ayudas” institucionales, siempre envenenadas, pues realizan la razón de Estado que es la expresión más atroz, al basarse a fin de cuentas en la fuerza armada del ejército y las policías, de la voluntad de poder de las elites mandantes. Todo ello ha ocasionado un suceso bien aciago, de gran significación histórica dentro de su negatividad, el gran **giro estatolátrico** de los últimos dos decenios.

Se puede decir, con dolor y temor, que hoy la estatolatría domina ideológicamente las mentes de casi todos y que el Estado lo domina todo.

La hipertrofia de la maquinaria estatal, lanzada a someter a sus designios al elemento popular en su conjunto y a cada uno de sus integrantes de manera cada vez más absoluta, encuentra un eco muy favorable en los ambientes que se dicen “radicales”, hoy dominados en una muy elevada proporción por ideas, planteamientos, programas y consignas propias de la socialdemocracia y elaboradas por el aparato propagandístico del PSOE<sup>2</sup>, que convierten al Estado en la nueva deidad benéfica y redentora, sin la cual nada puede realizarse, y de la que hay que depender en todo. Lo que todavía sobrevive del izquierdismo pretendidamente anti-sistema ha sustituido el mito del proletariado como agente pretendidamente emancipador por el fatídico del Estado como agente de transformación social, peor todavía, por el de este Estado, el actual, que protege y sirve al capitalismo, que lleva siglos oprimiendo, corrompiendo y reprimiendo a las clases populares.

En otros sectores reina, por desgracia, la confusión al respecto de esta importante cuestión, por lo que se encuentran a la defensiva ante los apóstoles y predicadores de la estatofilia, y a menudo no son capaces de refutar sus serviles demasías ni de ofrecer las formulaciones y propuestas políticas pertinentes.

El Estado, en los hechos, es la negación de la libertad de la gente común. Ésta se ve reducida a la condición de perpetuas menores de edad, siempre tuteladas, manipuladas y dirigidas, desde que nace hasta el fin de sus días, sin poder desarrollar no sólo una existencia autónoma, responsable, solidaria y libre, sino ni siquiera escogerse y hacerse como personas, pues el poder de aquél es de tal calibre en la actualidad que alcanza a construir al sujeto desde fuera de él mismo, lo que constituye un atentado intolerable a lo humano, a lo que la persona tiene de más auténtico y honorable. Con ello el Estado se manifiesta en el presente

como el aniquilador cardinal de la condición humana a la par que enemigo número uno de la libertad, la convivencia, la trascendencia y la verdad.

Dado que la situación ha alcanzado ya un grado e intensidad alarmantes, ha llegado el momento de: 1) realizar una reflexión crítica, fundamentada y argumentada, con la verdad concreta como meta, de la estatofilia en sus manifestaciones principales, 2) entrar en polémica con los textos que de manera directa o indirecta hacen la apología del Estado, por tanto del capitalismo, en sus tres formas o variantes, estatal, estatal-privado y privado, y celebran la subordinación de las clases populares al mismo, 3) llevar la crítica de la estatolatría hasta las ideas centrales, incluidas las teóricas, tal como se han ido desarrollando desde la época de la Ilustración y de las revoluciones liberales hasta el presente, 4) apoyar todo lo que sea rechazo, denuncia, repudio y movilización antiestatal, 5) contribuir a que, por todas partes, se creen colectivos de elaboración de ideas, resistencia, crítica y lucha contra el ente estatal y sus ensoberbecidos predicadores.

El designio es hacer una crítica de lo institucional y estatal desde los hechos, la experiencia, la práctica diaria, la sabiduría popular y el sano sentido común con la intención de que, en esta gran pelea por la defensa de la libertad, la idea de autogestión, la preservación de lo humano y la ilusión reflexionada de la revolución, en tanto que tal, se agrupen gentes de diversas corrientes ideológicas y políticas, a fin de ir constituyendo un bloque de oposición plural y diverso, que hoy sea capaz de responder y resistir al Estado, y mañana de prescindir de él por la vía revolucionaria, para constituir una sociedad de la libertad equitativa para todas y todos, autogobernada y autogestionada.

En ese contexto se ha de impulsar igualmente la lucha anticapitalista, que sólo es tal cuando se sitúa al Estado como principal valedor y sostenedor de la clase empresarial. El “anticapitalismo” que algunos suscriben, según el cual es el ente estatal el que ha de controlar, o incluso ha de “eliminar” al capital privado para sustituirlo por el estatal, según el modelo de la extinta Unión Soviética, es un modo avieso de respaldar el régimen salarial y empresarial en su variante actual o en otras posibles. Eso equivale a decir que estamos en contra de todas las formas de capitalismo, y no sólo del ahora existente. Pero el ala derecha del movimiento “antiglobalizador”, y con ella toda la estatofilia militante, critica no al capitalismo en sí mismo y en todas sus formas, sino únicamente a algunas de sus instituciones (el FMI, BM y otras) y algunas de sus formas (el neo-liberalismo), de manera que su propuesta es crear otro capitalismo pretendidamente “mejor” que el actual, en el cual el aparato estatal desempeñe una función aún más agobiante y constrictiva, más liberticida, embrutecedora, atomizadora, aculturadora y deshumanizadora que en el presente. Ello en definitiva es propugnar una mejora e incluso una refundación rejuvenecedora de aquél, lo que está siendo realizado, en la medida en que es posible, en el curso de la actual crisis económica iniciada en 2007-2008.

## LA REALIDAD PRIMERO

Frente a la propaganda, los dogmatismos y los sofismas se yerguen los hechos, la experiencia. De su estudio **ateórico** surge la verdad posible.

Según algunos analistas, los 11 Estados más importantes del planeta planean dedicar durante los próximos años unos 5 billones de dólares al sostenimiento del sector financiero privado en la presente crisis económica, que es ahora el núcleo más inestable del capitalismo, de los cuales a finales de 2009 ya habían entregado 2 billones. En esas portentosas cifras no entran las ayudas periódicas a, verbigracia, las grandes empresas del automóvil, el transporte, la construcción, el turismo, el textil, el cine, la comunicación, los astilleros, los seguros. Las inmobiliarias y bastantes más. A finales de 2010 se filtró que la Reserva Federal de EEUU, fiel a sus funciones de banco del Estado, había llevado ya a cabo una operación de recapitalización de la gran empresa norteamericana y de multinacionales de otros países vinculadas a EEUU por valor de 12 billones de dólares, de los cuales 3 fueron a las entidades financieras en quiebra y 9 billones a adquirir bonos de empresas en bancarrota que carecían de compradores, entre las cuales estaban Toyota (que debido a “problemas de liquidez” también absorbió recursos monetarios del Estado japonés), McDonalds, Caterpillar y otras.

Ello otorga la razón a A. Turner, presidente de la FSA inglesa (equivalente a la Comisión Nacional del Mercado de Valores española) cuando, al observar el desplome del capital multinacional en los países occidentales, con posterioridad a 2007, enunció una frase lapidaria, “creíamos que los mercados eran racionales. No es cierto”. Así las cosas había llegado el turno del intervencionismo, del Estado. Por ello, para el otoño de 2008 se daba por seguro que el Estado alemán había destinado ya unos 500.000 millones de euros a sus bancos en apuros. Entre octubre de 2008 y mayo de 2009 el Estado de España aportó a las entidades financieras propias 50.000 millones. Además, la Ley de Economía Sostenible, estatuida en noviembre de 2009 por el gobierno del PSOE, establece que el Estado “regulará y supervisará el sistema financiero”.

En esto último hay poco de novedoso, pues como dice un estudioso del asunto, el aparato financiero español, bancos y cajas, opera “controlado por el Banco de España”, de tal modo que las reglamentaciones estatales ordenan su existencia tanto o más que el mercado. Cabe añadir que quienes siguen creyendo, desde la derecha o desde la izquierda, que el mercado ha sido o puede ser el procedimiento sustantivo y primordial para ordenar la economía capitalista yerran. No puede haber capitalismo sin Estado, y es imposible un mercado sin Estado, de manera que el Estado se hace la clave de la vida económica, no el mercado, un mecanismo complementario y auxiliar. Por ejemplo, muy por delante de las exigencias del mercado están los llamados “intereses estratégicos” de cada nación o país, también denominados “seguridad nacional”, que recogen lo que afecta a la pugna permanente entre los Estados, dirigida a alcanzar más poder para cada uno de ellos en la esfera mundial a costa de los antagonistas. Que se haya escrito tantísimo de la competencia capitalista y tan poco de la competencia entre Estados mide el grado de arbitrariedad dominante, por causa del credo economicista, esa fe fanática e inicua urdida en el siglo XIX por la intelectualidad burguesa y hoy, desgraciadamente, más viva que nunca.

Con todo produce estupor que un único banco, el holandés ING, recibiera de su ente estatal 22.000 millones de euros, sólo hasta mediados de 2010, asunto que desvela la íntima vinculación existente entre Estado “nacional” y capital financiero. Esto cuestiona la idea de que las multinacionales han roto amarras con sus países (Estados) de origen. Ese banco, y docenas más, forman parte de los llamados SIFE (siglas en inglés de Instituciones Financieras Sistemáticamente Importantes), que no pueden ser dejados caer porque al ser

demasiado grandes su desplome sería catastrófico para el capitalismo mundial. La antaño empresa central de la motorización en EEUU, la General Motors, tuvo que suspender pagos a mediados de 2009, al perder 18.000 millones \$ en los seis primeros meses y elevar el total de su deuda a 173.000 millones, e incluso dejó de cotizar en bolsa donde había estado ininterrumpidamente desde 1925. Un año después, tras recibir transferencias “públicas” muy cuantiosas (50.000 millones de dólares, con los que el ente estatal adquirió el 61% de su capital, a la vez que el Estado canadiense captó un 12% más, cuando ningún inversor privado quería sus acciones), ya era “casi rentable” y se preparaba para volver a salir al mercado bursátil en la segunda mitad de 2010, lo que hizo a finales de noviembre. Como anécdota se puede citar que incluso el Gobierno de Aragón contribuyó a mantener a esa gran compañía al otorgar un aval de 200 millones de euros a General Motors España a comienzos de 2009, aportación que ni de lejos destina a forestación, vital en el muy desertificado y erosionado Aragón. La otra gran empresa del automóvil en EEUU, Chrysler, está conociendo tribulaciones similares a las de GM, siendo la Ford la mejor librada de las tres.

Todo ello certifica un hecho indudable: el gran capital occidental se desplomó realmente en 2007-2009 y sólo la intervención de los Estados evitó la desarticulación del sistema capitalista. Por eso están acertados quienes tienen a esta crisis por “el fin de la supremacía de Occidente”, juicio que va más al meollo de la cuestión que las triviales explicaciones monetaristas en boga. Se comprende pues si conjuntamente GM y Chrysler pagaban al Estado USA 70.000 millones de dólares anuales como impuestos sobre beneficios, con su desmoronamiento lo han dejado de hacer, hecho concluyente que agrava todavía más la crisis fiscal de EEUU, ya que son muchísimas las grandes compañías en situación similar.

Todos hablan de la “refundación” de GM por el Estado, pues al ser éste el accionista mayoritario el presidente de la compañía era designado por el jefe del gobierno de EEUU, de forma similar a como sucedía en la Unión Soviética, reino del capitalismo estatal, situación que se da en numerosas multinacionales más, en las que el Estado es principal tenedor de acciones, lo que viene a significar que ahora lo que predomina ampliamente es el capitalismo de Estado. Obviamente de no haber sido por el ente estatal la GM se habría desintegrado y acompañado en su caída, que era coincidente con la de numerosas grandes empresas y bancos, a todo o a la mayor parte del capitalismo. Quienes pronosticaron un “crash” económico general para 2010 manifiestan no entender gran cosa de lo que es en la realidad, no en los doctrinarismos y las teorías, el capital al que dicen “combatir”. Concebir el capital sin el Estado, o peor aún contra el Estado, es condenarse a no entender nada y además a ser un defensor hipócrita y demagógico del capitalismo como realmente es y existe.

Dicho de otro modo: en el siglo XXI el culto al Estado es la forma idónea y superior de pro-capitalismo.

Falto de tan descomunales asistencias, la otorgadas por las instituciones, la clase empresarial muy probablemente habría desaparecido en esta crisis, lo que pone sobre la mesa que sin el Estado es bien poca cosa, dado que éste es quien lo protege y mantiene, por lo que la política del “anticapitalismo” estatalista es un disparate o más exactamente el modo óptimo de, en las presentes circunstancias, defender al capital en su esencia misma. Ahora la economía capitalista está subordinada de una manera muy notable al aparato estatal, sobre todo con la crisis en curso, situación que tenderá a hacerse incluso más rigurosa y extendida en el futuro inmediato, dada la legislación que se está promulgando, especialmente en EEUU, para someter más férreamente el capital multinacional al ente estatal.

Un argumento utilizado en algunos ambientes es que la actual crisis fiscal de los Estados más ricos “prueba” que éstos dependen de gran banca privada (en realidad, hoy sólo privada entre comillas) y que ésta es la potencia en última instancia prevaleciente. Para



comenzar la refutación hay que recordar que, con mucho, la principal fuente de ingresos de los Estados son las grandes masas humanas a las que someten, a las cuales expolían por medio del sistema tributario, que es de naturaleza extraeconómica, intemporal en lo sustantivo, ergo no-capitalista, y fundamentado en la coerción jurídico-policial, en definitiva militar. Sólo en segundo lugar los Estados acuden a las instituciones bancarias para financiarse, a menudo a las explícitamente institucionales y otras a las formalmente privadas. En muchos casos éstas son de condición estatal, o estatal-privada, como sucede en el caso de la deuda “pública” de EEUU y la banca china, lo que significa que hay una relación entre entes estatales de manera explícita.

Si algo manifiesta la realidad actual es que la gran mayoría de los principales bancos se mantienen en pie gracias a estar intervenidos, lo que les convierte en compañías estatales con una participación del capital privado, aserto que no ha de entenderse como que seguirán todos siempre así, pues existe una intención al menos formal de re-privatizarlos, aunque lo que suceda está por ver. Incluso el pujante sistema financiero alemán debe cantidades exorbitantes a su Estado, de manera que no puede hablarse, en puridad, de banca privada teutona, para la mayoría de las entidades. De ahí se infiere que un país endeudado con la gran banca alemana, como es el caso de “España”, en realidad lo está, principalmente, con el ente estatal germano. Si un Estado tiene débitos con la banca “privada” de EEUU de hecho está endeudado con el Estado de ese país, pues en 2010 los seis mayores bancos estadounidenses estaban intervenidos y eran estatales de facto, al ser el Estado el principal accionista, debido a que tuvo que acudir a su rescate con recursos monetarios muy cuantiosos, una vez que comenzaron a colapsarse a partir de 2007. La gran crisis económica principiada en 2007-2008 ha puesto en evidencia que la economía es, en definitiva, una colosal trama de relaciones de dominio, y que lo decisivo es el poder estatal, por su naturaleza plural, militar, política, ideológica y económica al mismo tiempo, y también porque, incluso en el plano estrictamente económico, los Estados poseen una facultad de mandar y ordenar, además de una masa de recursos de diversas naturaleza, incomparablemente superior a cualquier multinacional, además de una solidez y estabilidad que ahora se están poniendo en evidencia, pues la crisis está siendo capeada sin muchas dificultades, hasta el momento, por los Estados, mientras que las grandes compañías del capital privado se han ido desmoronando lastimosamente, lo que prueba donde está la parte más fuerte y donde la más frágil y quebradiza del actual orden.

La causa agente fundamental de culto por el artificio estatal es actualmente la **nueva burguesía de Estado** y **nuevo funcionariado**, constituidos sobre todo por los cuadros de los partidos de izquierda y los sindicatos amarillos (unos 50.000 en total), los movimientos sociales oficialistas, parásitos subsidiados de un modo bastante escandaloso; por los artistas progresistas que medran gracias a las sinecuras institucionales; por los jerarcas de la intelectualidad y el profesorado que desean más y más poder y dinero en tanto que funcionarios del Estado y lo consiguen ampliando la capacidad de persuadir y mandar de éste. Tales son las causas fundamentales de estatolatría en el presente, unidos a los todopoderosos cuerpos de altos funcionarios de los diversos Ministerios, a las autoridades de las Comunidades Autónomas y los Ayuntamientos (unas y otros son componentes principales del aparato del Estado) así como a los cuerpos de jefes y oficiales del ejército y de las diversas policías, sin olvidar al formidable poder mediático estatal y estatal-privado (el privado, dado lo muy intervenido y subsidiado que está el sector, realmente es escaso). Todo ellos son colectivos parasitarios y explotadores que se valen de la demagogia y de las “políticas sociales” para legitimarse y lograr apoyo de masas.

En consecuencia, quienes se dicen “anticapitalistas” sin poner cuanto menos al mismo nivel el rechazo revolucionario del aparato estatal, lo que en realidad hacen es una política de apología y embellecimiento del Estado que es por ello mismo de defensa del

capitalismo, en ésta o la otra de sus variantes, privado o “público”. Hay que tener en cuenta además que bajo el actual orden de hiper-extensión del ente estatal el capitalismo ha logrado un máximo de desarrollo y poder, como se refleja en el dato estremecedor de que en cada uno de los países ricos de tipo medio un número ínfimo de sujetos, en torno a un centenar, controla ya casi el 50% de los derechos de voto de las empresas mayores cotizadas en bolsa, con la advertencia de que un más elevado intervencionismo estatal causaría -lo está haciendo ya- una mayor concentración, todavía, de la propiedad. Se suele argüir que el Estado de bienestar, entre otros muchos portentos, incluye una “redistribución” de la riqueza, pero los datos anteriores no es eso lo que muestran.

La época en que triunfaba la retórica neo-liberal ya ha terminado. Ahora estamos en un tiempo distinto en que domina el intervencionismo estatal en la economía, en particular desde el acceso de B. Obama a la presidencia de EEUU, en enero de 2009<sup>3</sup>. Éste, en mayo de 2010, hizo aprobar la denominada “mayor reforma de la banca en 70 años”, cuyo meollo es una profusa normativa jurídica que otorga al poder ejecutivo estatal y gubernamental una potestad enorme para intervenir en las instituciones bancarias, ejercida a través de un organismo estatal, el Consejo de Estabilidad Financiera, de donde resulta un capitalismo rigurosamente vigilado, intervenido y tutelado, más estatal-privado que meramente privado o privado-estatal, lo que pretende evitar la repetición de la gran crisis financiera del otoño de 2008. Un libro que define bien las nuevas realidades es “El regreso de Keynes” de R. Skidelsky, esto es, el retorno a la estatolatría de corte socialdemócrata, inspirada en muchos autores, pero sobre todo en “Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero”, de J.M. Keynes, publicado en 1936 por primera vez, texto oscuro, confuso y en buena medida disparatado, que no obstante tiene el acierto de enfatizar la decisiva función económica que en las sociedades desarrolladas desempeña y debe desempeñar el Estado (lo que equivale a subrayar la importancia del capitalismo de Estado en las formaciones sociales liberales), enfoque que permite superar uno de los errores mayores, y de más funestas consecuencias del marxismo, que se niega a admitir lo indudable, a saber, que el capitalismo en lo más sustantivo proviene y depende del Estado, desde el siglo XVIII para acá<sup>4</sup>.

La veneración por el ente estatal es por tanto el principal adversario político e ideológico ahora, como se ha puesto de manifiesto en la gran crisis económica iniciada en 2007-2008, en la que los Estados han, literalmente, salvado al capitalismo del desmoronamiento por medio de una tan vasta como compleja intervención, saneamiento y sostenimiento económico, social, político y mediático, a la que se denomina “sistemas de rescate”, “planes de recapitalización” o “inyectar capital a entidades (empresariales) en apuros”, vale decir, a las grandes compañías financieras, industriales, comerciales, constructoras y de servicios en dificultades, intervenciones que llevan anejas cada vez más rígidos protocolos de **supervisión** y **regulación** de las multinacionales por el ente estatal. Tales medidas les han proporcionado, sólo en la UE, cientos de miles de millones de euros, provenientes de las arcas estatales de cada país y de los organismos económicos multi-estatales de Bruselas.

En “España”, sólo en 2009, los bancos y cajas absorbieron 36.000 millones de euros del aparato estatal central, lo que indica que éste, lejos de limitar o reducir el capitalismo, le da una asistencia fundamental en un momento delicado, sin la cual probablemente se habrían desintegrado, inmensa aportación monetaria que además ha permitido a las entidades financieras lograr, a pesar de la crisis, suculentos beneficios, y un rumor insistente viene a informar que el gobierno del PSOE ha subsidiado bajo cuerda con 35.000 millones de euros a la patronal de la construcción, sólo en 2008-2009. A ello se suma que, en 2008, el gabinete de la izquierda rebajó el impuesto de sociedades a las grandes compañías desde el 35% de los beneficios al 30%. Lo sucedido desde 2007 en adelante está mostrando que el izquierdismo estatófilo recomienda, en esencia, la misma política económica y social que las

instituciones más señeras del capitalismo mundializado, empezando por el jefe político formal del imperialismo norteamericano en ese tiempo, B. Obama.

Un dato que muestra la gran falacia de las teorías sobre el neo-liberalismo es que, cuando éste, de ideas intervencionistas, accedió a la presidencia, en 2009, el ente estatal de EEUU ya había entregado 780.000 millones de dólares a las grandes compañías en quiebra, prácticamente todas multinacionales, debido a las dificultades que comenzaron a manifestarse dos años antes, tarea realizada bajo la autoridad formal de G. Bush, el neo-liberal por excelencia. Por ejemplo, en julio de 2008 el gobierno de aquél estatizó el banco inmobiliario IndyMac FB, en bancarota, operación que no se hacía desde 1984 en EEUU, lo que costaría al “erario público” 6.000 millones \$, y para esa fecha otras varias entidades financieras hipotecarias recibieron ayuda del Estado, dado su tambaleante situación, aunque finalmente terminaron quebrando, y fueron rescatadas con nuevas y más cuantiosas aportaciones. Tal vez esto ayude a comprender que la acción económica estatal está siempre más allá de doctrinarismos insustanciales y artificiosas controversias. El mismo Bush, la bestia negra de quienes han malgastado años y años popularizando el lema de que otro capitalismo (éste positivo, por estar sometido al Estado) es posible, declaró a comienzos de 2009 que “reconozco que actué en contra de los principios del libre mercado cuando... me advirtieron que podríamos caer en una depresión mayor que la Gran Depresión”, lo que le sitúa en el mismo espacio político que la extrema izquierda defensora del capitalismo de Estado, su sempiterna crítica<sup>5</sup>. En realidad, eso ya se estaba haciendo desde mucho antes pues, por ejemplo, a finales de 2001 la agricultura de EEUU fue reorganizada para ser sometida todavía en mayor medida al control y supervisión del ente estatal. Lo cierto es que un capitalismo no asistido y subsidiado, no mantenido y periódicamente reconstituido por el ente estatal, en consecuencia subordinado a él y dependiente de él, es imposible e impensable.

B. Obama, en el discurso de investidura de enero de 2009, hizo suyo uno de los principios del ala derecha del movimiento “antiglobalización”, que “sin nadie que lo vigile, el mercado puede descontrolarse”, enunciación usada para expandir la intrusión institucional, reafirmada unos meses después con la aserción “(rechazo) un capitalismo desenfrenado y sin reglamentar”, para posteriormente promulgar un tupido sistema de normas estatales que protejan “al sistema (financiero) de sus propios excesos”, formulación que pone en evidencia la naturaleza pro-capitalista del intervencionismo estatal. En el verano de 2009, la prensa mundial felicitó a la Reserva Federal de EEUU, principal organismo estatal para el gobierno de la economía y el manejo de la moneda en ese país, por “salvar al mundo”, esto es, por impedir el derrumbe del capitalismo a comienzos de ese año a través de una política de subsidios y aportes de numerario a descomunal escala a las empresas y bancos en quiebra, lo que es comprensible, pues sólo en el semestre enero-junio de 2009 el gobierno incrementó el gasto estatal de EEUU en más de medio billón de dólares, en lo principal por causa del rescate de los bancos y la nacionalización (estatización) de buena parte de la industria automotriz en bancarota. Dicha concepción es expuesta asimismo del modo que sigue por la que fue vicepresidenta del gobierno español de la izquierda, M<sup>a</sup> Teresa Fernández, “la mano invisible del mercado necesita la mano visible del Estado”. La conclusión de todo ello es que implorar, o exigir, un capitalismo regulado e intervenido no tiene nada de subversivo, más bien al contrario, pues es la ortodoxia misma del orden estatal y capitalista, así como la garantía de su supervivencia en circunstancias difíciles para él, sobre todo en los momentos de crisis.

En esta situación, cuando el ente estatal es accionista mayoritario de una parte no pequeña de la gran banca y la gran empresa, a las que ha rescatado de la quiebra desde 2007 en adelante, y cuando llueven nuevas leyes, regulaciones, normas, códigos y reglamentos para reorganizar la economía bajo un control estatal cada vez más férreo, hablar de que

vivimos en una etapa de “desregulación” y triunfo del libre mercado es majadero. Similarmente, quienes han defendido y en algún caso aún defienden con la frivolidad, desconocimiento de la realidad y falta de rigor que les caracteriza que el poder más sustantivo “ya no reside en el Estado”, ahora tienen ocasión de comprobar que sin él las grandes empresas multinacionales se habrían, en una buena cantidad de casos, deshecho, lo que muestra la fragilidad intrínseca del poder económico, que algunos tienen por el principal e incluso por el único.

En la vida real lo que decide en última instancia no es sólo lo económico sino también lo político, jurídico, militar, policial y aleccionador, de manera que quien posee este bloque de capacidades para ordenar y organizar la vida social (que es más, mucho más, que la actividad productiva y mercantil) domina la economía y prevalece en todas las circunstancias. La primacía de lo político, por tanto de lo estratégico, sobre lo económico se pone de manifiesto en hechos que suelen pasar desapercibidos al gran público, como las declaraciones realizadas en varias ocasiones desde 2010 por el ejecutivo estadounidense respecto a que el posible colapso financiero español podría afectar a “la seguridad nacional” de EEUU, categoría que está muy por encima de los intereses económicos estrechamente concebidos.

Lo que ha quedado patente es que el gran capital ha entrado en una crisis formidable, pero el Estado no, por el momento, y que éste ha rescatado a aquél de su más que probable desintegración, secuencia de hechos que muestra cuál, dentro del aparato global de dominación, es la parte más fuerte y cuál la más débil, quién prevalece sobre quién y quién depende de quién, en definitiva. Extractemos de nuevo los acontecimientos. En el otoño de 2008 una gran crisis de liquidez, íntimamente relacionada con otra de sobreproducción y con la paulatina expulsión fuera del mercado mundial de EEUU y la UE por las potencias ascendentes, con China a la cabeza, llevó a los grandes bancos estadounidenses a una situación de práctica bancarrota, de manera que el colapso financiero a escala planetaria parecía próximo, y con él el del sistema capitalista. En esas condiciones, la intervención masiva de los entes estatales, sobre todo en EEUU, pero también en otros muchos países, que proporcionó recursos monetarios a la gran banca privada por diversos procedimientos (uno de ellos consistió en adquirir la mayoría, o incluso todas las acciones de tales entidades, lo que equivale a su nacionalización -estatización- de facto) fue lo que salvó al capitalismo mundial de una situación de descomposición que, en otras condiciones, esto es, sin la acción protectora y restauradora de los Estados, posiblemente se habría desmoronado.

Después, más y más bancos, cajas y grandes empresas fueron entrando en crisis, por dificultades insuperables de liquidez, estrangulamiento financiero, sobreproducción, exceso de tecnología, entontecimiento planeado de los trabajadores, amoralidad impuesta desde arriba, ascenso de potencias rivales en la arena internacional (lo que está acelerando los preparativos para la IV Guerra Mundial por los bloques en conflicto) y otras causas, lo que llevó a los aparatos estatales a promover numerosas intervenciones de sostenimiento, asistencia financiera y rescate.

Para los próximos años es bastante probable que sean necesarias sucesivas operaciones de salvamento del capitalismo, que ha demostrado ser frágil y débil, sobre todo en su expresión supuestamente todopoderosa, la gran empresa multinacional, presentada por los doctrinarios del economicismo más simplificador e irrealista como un núcleo de poder por encima de los Estados. Lejos, pues, de ser éstos los que nos protegen, o pueden proteger, del capitalismo, los hechos han mostrado que gracias a ellos el capital sobrevive y se refuerza. Es más, la banca estatizada, lo mismo que la gran empresa sometida al Estado, en nada ha cambiado su naturaleza liberticida, amoral, deshumanizadora, explotadora, expoliadora, creadora de hambre en los países pobres, generadora de desastres medioambientales sin cuento.

## PODER Y PODERES: LO POLÍTICO Y LO ECONÓMICO

Una concepción bastante extendida imagina, como se ha expuesto, la realidad total con el poder económico como el único con potestad autónoma, y con el aparato policial, judicial y militar, por no hablar del gubernamental, partidista, mediático y parlamentario, al servicio directo de los bancos y las grandes corporaciones internacionales, de tal manera que éstas ordenan y aquéllos obedecen. En tal interpretación sólo cuenta lo económico, siendo el resto mera “superestructura” que responde ante la robusta base y fundamento de todo, el poder económico, formulación que muchos tienen por marxista pero que C. Marx y F. Engels rechazaron, advirtiendo que la económica sólo es determinante “en última instancia”.

Esta infundada creencia, a pesar de su popularidad, no encuentra justificación en la experiencia, pues la observación muestra que hay **varios poderes**, actuando sobre las clases populares e interactuando entre ellos. Uno de los más visibles es el poder mediático, al mismo tiempo estatal y privado (éste, a su vez, está bastante subsidiado por el Estado, de diversas maneras directas e indirectas), que conculca la libertad de conciencia, moldea las mentes, forma la vida interior del sujeto, determina las conductas y crea un conformismo interiorizado que hace que cada vez sea menos necesaria la acción represiva, policial y judicial, palmaria. El poder ideológico, para usar la terminología de Norberto Bobbio, se expresa, además, de diversas maneras. Está el aparato escolar y académico, organizado en torno al sólido eje de los cuerpos de catedráticos y profesores, como fundamento de una maquinaria encargada de decir al pueblo, tenido por menor de edad e incapaz a perpetuidad, qué es la verdad en cada cuestión particular, y qué es el error. Está asimismo el todopoderoso poder artístico, dedicado a la trasgresión institucionalizada rutinaria, en una marcha hacia la nada estética, de la sensibilidad y axiológica, muy bien subvencionada desde los organismos de mando constituidos, políticos y económicos, por sus interesantes funciones integradoras y generadoras de conformismo, narcotizantes y entontecedoras.

No hay que olvidar la industria del ocio, tan trivial y desintegradora de lo humano como decisiva, imprescindible y extraordinariamente rentable, que forma parte al mismo tiempo del aparato estatal y del capitalismo privado, al ser una de las ramas hoy más generadoras de beneficios, ergo de acumulación de capital. Se debe recordar el siempre inquietante poder religioso, con sus creencias en baja (el catolicismo) y en alza (el islamismo, la nueva religión oficial y obligatoria, al parecer, del Estado-Estados de la última modernidad en “Eurabia”). También se ha de dedicar unos segundos a considerar la publicidad, en tanto que “industrias de la conciencia” que llegan al interior de cada sujeto, sin que éste lo autorice, numerosas veces cada día con mensajes muy bien elaborados, que imponen sumisión, degradación, subhumanización, epicureísmo de Estado, egocentrismo, barbarie y simple destrucción.

Antes de entrar en el análisis, por somero que sea, del poder político, conviene remitir al libro de N. Bobbio “Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política”, que expone una verdad sencilla y obvia, aprehensible directamente en la experiencia, que existen “tres formas de poder”, que son “los tres poderes, económico, ideológico y político”. El prestigioso autor italiano pone sobre la mesa que las sociedades actuales, y las de antaño que han sido comunidades de los desiguales, poseen un tipo plural y complejo de mecanismos de mando, por tanto, de poder-poderes, en los que se entrelazan el dominio político con el ideológico y el económico. Luego Bobbio pasar a definir cada uno de éstos, parte que no reproducimos aquí, pues esperamos que el lector o lectora lo haga por sí mismo, desde la experiencia, de manera que logre estatuir qué debe entenderse hoy por “imperium”, vale decir, por la facultad de mandar a otros seres humanos. Después se refiere a “la primacía de la política”, que debe comprenderse no como referencia a la politiquería

partidista y gubernamental, sino como prioridad de los intereses estratégicos del ente estatal, lo cual, siendo bastante verdadero, choca con la cosmovisión economicista, definidamente burguesa y socialdemócrata, que lo reduce todo a la economía. Bobbio se refiere a “la razón de Estado”, asunto últimamente algo olvidado, e incluso hace una referencia al “gobierno asambleario” en contraposición a la tiranía: de uno, de las elites o del ente estatal, formulación que está bastante bien.

El poder político es, a su vez, complejo y plural. Está el poder legislativo, que formalmente pertenece al parlamento y realmente al conjunto de las elites mandantes, comenzando por el ejército. No hay que olvidar el poder judicial, reino de la arbitrariedad y la corrupción, y sobre todo hay que tener muy en cuenta el poder ejecutivo, el gobierno, de tan irrelevante significación por sí mismo, no así en sus temibles concreciones reales, el ejército, la policía, el aparato ministerial (con 15 Ministerios a la fecha, cifra que fluctúa, si bien en 200 años su número se ha multiplicado por tres), el mostrenco entramado partidocrático, tan corrompido, el brutal poder médico, atrincherado en el Ministerio de Sanidad, y las estructuras despóticas de lo que se han llamado “organismos para-estatales”: ONGs, sindicatos subvencionados y colectivos “radicales” que viven de los subsidios, en mil variantes y expresiones, que es el fundamento material del **giro estatolátrico**. El poder ejecutivo, en particular el aparato militar y su apéndice, el policial, es bastante determinante, aunque ahora haya gente que lo niegue, una vez que el ejército ha sido convertido en una pomposa “institución democrática” por los medios de propaganda del sistema, de la izquierda y de cierta “radicalidad” que es ya sólo la voz de su amo. El poder tecnológico ha de ser considerado, en puridad, como una sección del aparato militar, pues le sirve mucho más que a la empresa privada y a la producción de bienes y servicios, hecho innegable que refuta el enfoque economicista y desarrollista de la cuestión de la técnica, que suele ser habitual.

El poder económico, en contra de lo que se suele creer, no es tan fácil de analizar. Se divide en estatal y privado, siendo el primero multinacional o de cada país. Por medio del aparato fiscal el Estado redentor logra apropiarse de una enorme masa monetaria, incomparablemente superior a la que se embolsa cualquier gran banco o empresa multinacional, y lo hace por la coerción: quien no pague al fisco será sancionado. Ergo, cuando se trata de la explotación de las clases populares hay que poner en primer lugar el expolio tributario, a través de la fiscalidad directa e indirecta, que crea una descomunal masa de valor para alimentar los sistemas de dominio, manipulación, represión y degradación que forman esa curiosa estructura denominada Estado, nombre que acertadamente Bobbio vincula con Maquiavelo. Están además las empresas estatales, o del capitalismo de Estado, la legislación sobre materias económicas, tan compleja y extensa, la política monetaria, la política arancelaria, el régimen de subvenciones, la política agraria y las numerosas entidades “públicas”, estatal-centrales, autonómicas y locales (sin olvidar a las de la UE ni tampoco al FMI y al BM) que florecen como setas tras las lluvias otoñales, cada una creando nuevas hornadas de funcionarios y neo-funcionarios. No se pueden olvidar las cotizaciones a la Seguridad Social, de descomunal significación económica para el mantenimiento del Estado, de donde se deriva un conjunto de instituciones que son, en realidad, meras empresas estatales de servicios, como las hay industriales, financieras y comerciales, tan regidas como ellas por la ley del mayor beneficio, aunque entendido éste como beneficio del conjunto del sistema de dominación, no de la parte.

A la fecha el aparato estatal es el primer poder económico en “España”, con mucho, pues se apodera y hace suyo más del 40% del PIB, mientras que el sector financiero se queda con “sólo” el 5%, aproximadamente. Hay que considerar, además, que el 60% que no es absorbido por el ente estatal ha de distribuirse entre las grandes empresas multinacionales españolas, unas 2.500, las multinacionales extranjeras, la mediana y pequeña empresa y los